

Las experiencias de la «dinámica de grupos»

JAIME PUJOL BARDOLET*

QUÉ «NO PRETENDE» EL PRESENTE ARTÍCULO

Ciertamente que no pretendo definir ni precisar qué cosa es la dinámica de grupos, por creer que se trata de una experiencia «muy personal». Coherente con esta hipótesis intentaré escribir algunas reflexiones deducidas, tanto en dinámicas de grupos seguidas como participante, como en otras en las que me ha correspondido la función de animador. Cualquier otra persona, en las mismas condiciones de quien esto escribe puede tener experiencias distintas y lo más normal sería que se expresara en términos diferentes... porque la «dinámica de grupos» es percibida a través de la propia subjetividad, del propio inconsciente que sirve de sistema de referencia en el momento de la percepción, de la audición, del entendimiento y de la comprensión de la realidad que nos llega del «otro», exterior a nosotros y distinto de nosotros.

Transmitir una experiencia resulta imposible. A quien pregunte sobre qué es una dinámica de grupos y cómo se hace, no cabe otra respuesta más adecuada que la de decirle que la experimente... y así llegará a saber qué es lo que él percibe en una sesión semejante. Es decir, que para cada persona, la experiencia de la «dinámica de grupos» es algo diferente.

Por eso, habiendo sido invitado a expresarse acerca de la «dinámica de grupos» no se me ocurre sino brindar mis propias reflexiones, que, sin pretender que sean verdades y menos aún dog-

* *Maitrise en Catequesis* por el I.S.P.C. de París. *Habilitación para el Doctorado en Teología* en el Instituto Católico de París. Ha cursado los estudios de la A.M.A.R. de París (*Association Médico-Psychologique d'Aide aux Religieux*). Profesor en la *Escuela de Psicología Religiosa de Barcelona*, y en el *Centro de Pastoral Juvenil* de Martí Codolar de los Salesianos. Dirección: La Salle - Barrio de Las Begudas, s/n. SAN JUAN DESPI (Barcelona).

matismos, pueden incidir en la reflexión de los lectores en vistas a una aproximación distinta en cada cual a la vez que muy propia.

LA «PERSONA» Y LA «FUNCION»

Los cursillos están de moda. Los hay para todo: para sintonizar con métodos activos de enseñanza, para remozar la teología de antaño, para aprender matemática moderna, para animar grupos de apostolado..., para... para... Y así es, siempre los cursillos son «para» una materia y en «función de una función» a ejercer... Siempre o muy a menudo van orientados a una «eficacia para la función». Y aquí está el mal. Acostumbrados a una ascética en que toda la actividad del hombre queda justificada y canonizada por el «darse a los demás» parece que todo gira en torno a esta proyección hacia el otro y hacia el exterior con frecuente olvido de sí mismo.

En casos, la «buena voluntad» puede ser el premio de consolación por el que la persona se recupera a sí misma... dando «lo que no se tiene» e incluso «lo que no debiera darse». La vida se encargará de deshacer los entuertos con detrimento de no pocos aspectos. Mas es así... mientras el cuidado de educar la función ahogue la solidez y consistencia de la persona.

UNA REALIDAD

Nuestra sociedad tiene hoy personas cuya existencia se apoya plenamente en la función que ejercen. Y tan identificadas permanecen persona y función, que definir la primera equivale exactamente a definir la segunda. Más aún, como si sólo existiera la función, ya que la persona no aparece independiente de la función.

¡Ah! y ¿qué sucede el día que son relegados de la función que ejercen? Acostumbrados a vivir en y de su función, como cobijados bajo su amparo, parece como si les llegara el desamparo más absoluto... El encuentro de sí mismo con la «sola persona» se percibe como dura soledad.

Será necesario que la sociedad, en su estructura, permita a las personas vivir y formarse como tales: que proporcione los medios para la promoción de la persona como tal (no como función,

lo que equivaldría a ambición), que le dé consistencia de forma que pueda subsistir independientemente de la función que ejercen. Que aun siendo normal el ejercicio de una función útil, sin embargo, no sea ella quien tenga la exclusiva de la felicidad personal o sacuda los individuos ante la percepción de cambios que sobrepasan nuestros módulos mentales y morales.

En la realidad de todos los días parecen preferirse los hombres «competentes» a los «inteligentes». Es fácil que estemos de acuerdo con los primeros, y en numerosas ocasiones en desacuerdo con los segundos. «Competentes» son los capaces de repetir unas materias, unas teorías... es decir, los que tienen un «saber» del que saben dar razón; «transmiten el saber que han aprendido, digamos que han almacenado»; y lo transmiten con fidelidad; éstos, aun sin pretenderlo, «refuerzan el sistema» y están muy lejos de aportar algo nuevo, ni siquiera siguen la evolución normal y propia de la más elemental diacronía dentro de la sincronía de la época. «Inteligentes» son los que son capaces de autonomía con respecto a la experiencia: que elaboran a partir de ella y tienden a dar la expresión propia a la época que se vive.

Es posible que los «inteligentes» sean percibidos como peligrosos porque quizá nos abren caminos por los que no desearíamos andar. Por aquello de que «Vuestros pensamientos no son mis pensamientos y vuestros caminos no son mis caminos»¹. El dominico teólogo y psicólogo Pohier nos dice al respecto:

Se podría decir, en efecto, sin temer el juego de palabras, que el «Yo no soy lo que vosotros creéis» es un principio de la pedagogía divina. Cristo ha puesto constantemente en acto este principio cuando se trataba de hacer comprender quién era El y quién era su Padre. Yo soy el Mesías, mas no el Mesías que vosotros creéis; yo os doy la paz, mas no la paz que vosotros deseáis; mi Reino es el Reino de Dios y vuestro, mas no como vosotros esperaréis... He venido para daros la vida, mas no la vida que muere... Dios es, mas no de la manera que nosotros decimos que es².

En cambio, los competentes refuerzan lo establecido y dan seguridad a nuestros caminos. No damos gratuitamente el califica-

¹ Is. LV, 8.

² Cfr. J. M. POHIER, *Au nom du Père. Recherches théologiques et psychanalytiques*, Cerf, París, 1972, p. 48.

tivo de «competente» a las personas: a través de nuestra afectividad y por vía de «simpatía», o a lo sumo de «empatía».

Hay una tendencia a unificar el campo de acción de enjuiciamiento «yo-otro». Lo mismo sucede en lo que respecta al juicio del otro por mí, que tiene un rol regulador con respecto al sistema precedente. Por ejemplo, si tú me juzgas de la manera que yo me juzgo a mí mismo yo te diré que eres «buena persona». Dicho de otra manera, yo decreto que tu opinión, que armoniza el campo de enjuiciamiento, debe ser tomado en consideración. Pero, si por el contrario, el juicio de ti sobre mí está en contradicción con el que llevo sobre mí mismo, me queda siempre el recurso de declarar que «tú eres un imbécil», frase mágica que lo explica todo y me dispensa de poner en cuestión mi sistema de juicio³.

EL «VALERSE» ANTE LA VIDA

Debe ser fruto de lo que la persona «es», y no de lo que la persona «tiene». No hay por qué valerse sirviéndose de las armas que proporcionan un cargo o una situación concreta de privilegio. Lo «sobreañadido» constituiría en todo caso el «personaje» mas no la «persona».

La persona debe ser capaz de «valerse» en cuanto tal y por sí misma: debe tener suficiente liberación personal y valores adecuados para poder «afrontarse» a sí mismo ante cualquiera de las circunstancias que se le presenten. Es evidente que hay personas que «no pueden» afrontar situaciones precisamente por carecer de los elementos fundamentales e indispensables de toda persona: concretamente, por haberse constituido como tales al interior de un sistema de miedos, de limitaciones, de dependencias... que más bien les han contenido que expansionado.

Y no se trataría de dar «saber», sino más bien «capacidad de análisis de las propias situaciones», de forma que les permita una progresiva liberación de sí mismos frente al sistema de dependencias y servidumbres propio de nuestra sociedad.

Nuestro mundo parece preferir el «parecer» al «ser». Parece que a no pocas personas les basta «aparentar» lo que desearían

³ Cfr. Robert MEIGNIEZ, *L'analyse de groupe*, Ed. Universitaires, París, 1970, p. 80.

ser. Y eso les crea situaciones enojosas desde el punto de vista económico, de trato familiar, comunitario... Existe el afán de «poseer», sea conocimientos, sea cosas... porque «poseer es poder». Parece contar poco, por desgracia, el preguntarse a sí mismos, acerca de la relación que mantienen con las cosas, con los acontecimientos, con las personas... así como del porqué de la deficiente capacidad de hacer frente a los acontecimientos de diversa índole.

Como el «saber» es «poder» quizá por eso el desgaste de energías por este lado; pero, quizá habría que reflexionar que el saber que se manifiesta por almacenamiento de conocimientos es un bien falaz y ficticio y sobre todo efímero, en la medida que se carezca de capacidad de «ponerse en cuestión»; y no se tardará en estar en desfase con los tiempos.

UNA PREGUNTA IMPORTANTE Y VITAL

¿Quién soy yo? Y no ¿qué soy yo?: ésta sería del orden de la función.

Otras preguntas subsidiarias a ¿quién soy yo? serían: ¿cómo me percibo a mí mismo?, ¿cómo soy percibido por los demás?, ¿cómo percibo a los demás?, ¿cómo me sitúo ante los demás? ¿Qué experimento en mí cuando me apercibo que la imagen que los otros tienen de mí no coincide con la que tengo de mí mismo? O bien, cuando me siento tentado de decir a los otros: «No soy lo que vosotros pensáis que soy», ¿por qué pienso de esta manera?, ¿dónde está mi miedo?

¿Qué sucede en mí cuando me doy cuenta que los «demás» son distintos de lo que pensaba que eran? O bien, ¿cuando frustran mi deseo de que sean de acuerdo con aquella imagen que me había formado?

¿Cómo me sitúo ante la tensión de mi «yo» que se siente prisionero ante la mirada y el juicio ajeno?

Cada persona es una fortaleza y se abarrica sobre ella misma. Es su misma fragilidad la que le induce a defenderse, y su mismo miedo el que le bloquea.

POR ESO LA DINÁMICA DE GRUPOS

En un ambiente «nuevo y distinto del habitual», formando grupo y dentro de una producción de relaciones interpersonales, cada cual reproduce su forma de «vivir habitual»; es decir, que lo que se vive en el interior del «grupo de personas desconocidas» viene a ser exactamente lo que se vive con las «personas conocidas en la vida cotidiana» (sic!). Cada cual realiza la experiencia de «situarse» en el nuevo grupo al propio tiempo que «se proyecta» tal cual es. Nos parece a veces que somos de tal manera porque el grupo es así, cuando lo más acertado sería decir que «soy así» a pesar del cariz del grupo y que es ciertamente la «proyección de mi yo» lo que el grupo acepta, soporta, permite o rechaza. El grupo tiene su receptividad y su índice de capacidad de aceptación... y todo se realiza a nivel inconsciente.

Como persona que soy, ocupo un lugar en el grupo... ¿cuál? Tanto mi silencio, como mi palabra así como también mi mutismo, todo ello es expresión de mi persona. Nunca hablo porque sí, nunca reflexiono en silencio porque sí, y nunca me callo (es decir, niego de manera consciente mi palabra) porque sí. Hay veces que hablo porque necesito hablar y puedo hacerlo; otras veces no querré hablar, otras no podré, sea por imposibilidad personal o por censura del grupo... Y es evidente que la libertad de expresión es una utopía además de un riesgo que no siempre somos capaces de afrontar.

Cuando «hablo»... «me hablo»; cuando «reflexiono en silencio» toda mi actitud «se expresa»; y cuando «me niego a hablar» existe siempre una motivación que me induce a ello; también por este lado define mi persona. El azar, o el «porque sí» no existe sino a nivel de la dicción oral, mas no de la realidad.

Cierto que muchas veces no sabremos dar el «porqué», ya que pertenece al orden del inconsciente. Freud nos diría que se trata de «asumir la propia castración» al no saber dar el «porqué». A veces resulta difícil, como nos lo muestra el ejemplo del Pueblo de Dios que, aunque «circunciso», castrado en muchos aspectos (no tener territorio propio, el ser pueblo apiru o errante, ser pueblo entre otros pueblos y dominado por ellos...) siente la tensión de «super-pueblo», de «pueblo escogido» lo que parece inducirle a liberarse de su castración histórica.

En una sesión de dinámica de grupos: cada persona existe en relación con las restantes del grupo, sea en situación de simbiosis, sea de coexistencia... y aún de tensión... como en la normalidad de la vida. El «otro» es percibido en ocasiones como «virtual enemigo que amenaza», por eso, la relación con el otro no se vive siempre espontáneamente en el fervor y la euforia, sino en el afrontamiento y en el conflicto. Etienne de Greef nos dirá que «no nos creamos sino en el conflicto». Por otra parte «el juego de la dependencia y de la contradependencia marcará toda la historia del desarrollo hasta la edad adulta... persiste el miedo de ser desposeído de sí. Así los hombres resisten a los hombres aún antes que hayan tenido tiempo de invocar razones. ...Y ¿para qué sirven estas razones, sino para echar sobre la realidad un velo de desconocimiento que se revela por el discurso razonable como falsedad, se da la atrocidad de una palabra vacía dada como plena, debido a que sólo satisface la lógica defensiva de hombres que están al acecho?»⁴.

Diversos sentimientos afloran al consciente e inducen a la persona desde el inconsciente: : ¿seré aceptado por el grupo?, ¿seré respetado en mi integridad personal? ¿Acaso, no será violada mi genialidad característica? ¿Tendré de veras un puesto dentro del grupo... y no un puesto cualquiera... sino un «puesto importante»? ¿Va a ser escuchada mi palabra, o por el contrario, no va a ser reconocida? ¿Seré fusionado por el grupo o por el contrario eyectado por él?...

Ya E. Mounier hablaba de este problema en 1947:

El imperialismo del individuo es tal que la cosa más difícil para hacer aceptar a un hombre, es ciertamente la existencia integral, en todos sus aspectos, de un hombre revestido con los mismos privilegios que él... Aceptar al otro, no es sólo tolerarle por indiferencia, como lo hacen los temperamentos pobres, amorfos y apáticos, que no tienen suficiente ímpetu para sobrepasar el estrecho círculo del egocentrismo vegetativo. No se trata de abstención por mero cálculo de tranquilidad...⁵.

Pero, es cuestión de seguir en nuestras reflexiones sobre la experiencia de la dinámica de grupos.

⁴ D. HAMELINE, *Le malentendu, Promesses*, mai 1971, p. 34.

⁵ *Traité du caractère*, Seuil, París, 1947, p. 529.

LOS DOS ELEMENTOS INDUCTORES

Son el placer y el miedo. Y en realidad inducen todo el contexto de nuestra existencia. Será siempre cierto que «donde está nuestro tesoro allí está nuestro corazón»⁶. Tanto el placer como el miedo nos inducen a hablar, a reflexionar, a callar... a actuar de una u otra manera concreta; por una parte, está viva la satisfacción de ser reconocido como individuo y en solidaridad con otros; por otra, el «miedo a la destrucción» de la persona induce a actitudes de desconfianza mutua, de defensa, de ataque, de oposición.

Aunque la relación interpersonal resulte enriquecedora a la persona, sin embargo, no por ello deja de ser una «aventura» hacia lo incierto, por un camino de inseguridad.

LOS RIESGOS DE LA COMUNICACIÓN

Chan-tao iba un día con su maestro por las montañas. El maestro Chih-t'eu, vio que las ramas de un árbol obstruían el sendero, y pidió a Chan-tao de cortarlas. El discípulo dijo: «No tengo el cuchillo conmigo». Chih-t'eu sacó su propio cuchillo y lo presentó a su discípulo ofreciéndole tomarlo por la afilada lámina. «¿Quisiera Vd. darme el otro extremo?», le dijo Chan-tao. «¿Qué quieres que haga yo del otro extremo? le repuso el maestro». Este hecho despertó en Chan-tao a la verdad del Zen⁷.

Ciertamente que «a quien quiere comunicar le es preciso saber tomar peligrosamente el cuchillo por la lámina»⁸. Porque comunicar es abrirse al otro... es declararse y darse a conocer. El hecho de abrirse a los otros no se hace sin riesgo puesto que puede ocasionar que los otros se apoderen de mí, me invadan, violen mi intimidad, tengan oportunidad para pisar mis callos... para destituirme de la posición adquirida... y que llegue a pensar que no soy reconocido como persona.

Teniendo en cuenta que en la relación entre dos personas, uno más uno suman cuatro (dos conscientes más dos inconscientes y cabe considerar que estos últimos son tres veces mayor que los

⁶ Mt. VI, 21.

⁷ Citado por MEIGNIEZ, *o. c.*, p. 13.

⁸ *Ibid.*

primeros) ... y teniendo presente que los puntos de referencia son distintos en cada una de las personas, se deduce de ahí la dificultad en la relación afectivo-intelectual. El «acuerdo» resulta difícil y el «prejuicio» aflora fácilmente obturando la comunicación.

Por otra parte, la «realidad» es inaccesible en su totalidad. Y la parcialidad de la misma que nos es accesible no lo es de idéntica forma en todos: hay una primera deformación de la realidad, de carácter subjetivo, en el momento de captarla, de «introyectarla»; y en el mismo sujeto se realiza una segunda deformación en el momento de «decirla» o de representarla e incluso de «ponerla en sentido».

No siempre nos damos cuenta de la complejidad de la comunicación entre personas. Quizá por eso nuestras actitudes moralistas frente a los otros y nuestra asentada posición de seguridad en la verdad personal. De ahí parten los mecanismos de defensa, expresados por actitudes tan diversas como de dominio, de inhibición, de servidumbre, de avasallamiento. Hay quien encuentra normal el tener a otros pendientes de sus labios y de su arbitrio; y hay quien encuentra un placer en recurrir frecuente y cortésmente a su explotador. Todo obedece a tendencias muy diversas que pueden situarse dentro de la amplia gama entre la ambición por la conquista de un «super-yo» hasta el masoquismo de su sufrir silencioso, que le lleva a apaciguar reverentemente la ira de su avasallador y contentarle con la oblatividad de su persona.

Si en otras épocas el mundo se dividía en creyentes y no-creyentes, hoy no es ciertamente la creencia religiosa la línea divisoria entre las dos partes contendientes. Hoy el mundo tiene otros dos frentes: por una parte, los que «saben y pueden hablar»; por otra, los que «no saben o no pueden hablar». Más concretamente, «los que pueden hablar» y «los que no lo pueden». Porque «hablar es poder». Los primeros tienen el poder de manera sobreabundante, puesto que hacen la ley (¿para qué y a favor de quién?) a expensas del poder que quitan a los demás: ocupan un espacio mayor en el interior del grupo en la medida que van dejando más pequeño espacio a los otros.

La vida afectiva de grupo puede ser vivida en constante tensión entre los dos elementos constitutivos de toda persona, la «soledad o singularidad» y la «solidaridad». El sentimiento de «singularidad o soledad» me impulsa a poner en acción los medios pa-

ra conseguir el reconocimiento de mi persona por los demás y a rehusar toda actividad que exprese aislamiento de mi persona en el interior del grupo y toda eyección de mi persona por parte del mismo grupo. El sentimiento de «solidaridad» llevado por medio del normal compañerismo me lleva al recelo de fusión y de anonimato dentro del grupo: me defiende contra toda manipulación de mi persona. En ningún caso consentiré la anulación de la persona, incluso a nivel inconsciente.

Diversos elementos tienen cabida en la implicación interpersonal: «lo que yo proyecto ser para el otro, lo que el otro proyecta ser para mí, lo que yo proyecto ser para el grupo en cuanto realidad global y lo que proyecto que el otro sea para mí». Todo tiende a que, dentro de unas situaciones a veces tensas y aun conflictivas, cada persona tenga que elaborar los medios para ser reconocida tanto en su peculiaridad propia como en su solidaridad para con los demás.

De hecho, la resultante de todas estas inter-proyecciones constituirá el comportamiento del grupo y de las personas entre sí. Y es preciso que cada persona pueda estar en la iniciativa de toda su actividad relacional y ser dueño de la misma en lo que respecta a la forma de encajarla y de dejar ser a los otros lo que son.

R. Meigniez nos dice que el «encuentro con el otro no es un puro encuentro». Es bastante más.

Si el juicio de valor y el juicio de hecho cosificante significan la ruptura de la comunicación, es debido a que hacen de mí el espectador del otro, o del otro el espectador del yo (o de mí mi propio espectador, o del otro su propio espectador). De todas maneras, hay una observación escópica cuya estructura es escamoteada y un mirar que, se supone ser el único objeto, de interés⁹.

Y es evidente que entre el «yo soy lo que soy» y el «yo soy lo que pienso» hay algo más que una simple cuestión de matiz¹⁰. Y no siempre es fácil saber dónde nos tenemos que situar, o bien dónde nos situamos cuando nos sentimos incómodos entre los demás. Cuando censuramos algo de los otros, convendría que nos preguntáramos ¿qué censuramos de nosotros mismos?, o bien, ¿cómo especificar la mala relación con nosotros mismos, cuando tenemos

⁹ o. c., p. 109.

¹⁰ Id., p. 99.

dificultades para con los otros? ¿Por qué la incesante huida de nosotros mismos? Ciertamente que es «porque nos interesa». Y por ahí deberíamos hacer la lectura psicológica de nosotros mismos.

LA MUERTE DEL PERSONAJE

La dinámica de grupos, por el análisis de la comunicación, puede que nos facilite más bien la comunicación con las personas que no con los personajes (entendiendo como tal la percepción subjetiva de las personas que podríamos denominar a nivel de fantasma). Fácilmente, en nuestro vivir cotidiano presentamos, sin darnos cuenta y sin pretenderlo, una fachada distinta a la nuestra propia, o vemos en los demás un rostro diferente del que tienen.

Podemos preguntarnos: ¿qué percibimos de los demás?, o bien, ¿cómo son los demás? Es evidente que en el juicio que formulamos de los demás está implicada nuestra persona, es decir, que hay sintonía con nuestra forma de ser; dicho de otra forma, nos definimos a nosotros mismos al hablar de los otros... A los otros les percibimos a nivel de «fantasma», es decir, a través de nuestros intereses y miedos personales. En resumen, «podemos percibirnos a nosotros mismos en nuestra relación interpersonal».

Nuestra dificultad de relación con los demás evidencia nuestra dificultad de relación consigo mismo. Precisamente es en nuestros propios callos que nos duelen los callos de los demás. Y viceversa, la actitud de los otros frente a nosotros mismos tiende a acantonarnos al encuentro de la propia persona; y ello se consigue en la medida que llegamos a encontrar al otro.

Se trata de una muerte lenta del propio personaje de forma que permita relacionarme consigo mismo. Esta muerte no puede provenir sino del exterior... de forma dolorosa e incomprensible... Pero, es necesario saberla asumir, aunque sea pasando por la queja amarga... ya que no somos capaces de asumirla franca y abiertamente. Se trata de una muerte que, aún pasando por situaciones de «huerto de olivos» puede conducirnos a una liberación progresiva de toda la atmósfera contaminada que, alrededor de cada persona, constituye el personaje. Aunque las apariencias parezcan dar a entender lo contrario, diría que el personaje nos esclaviza mucho más que no nos realza.

Nuestro personaje parasita en nuestra persona llegando a desgastarla... Y la desencarnación de la persona y del personaje no llega a realizarse sin desgarrar en multitud de ocasiones. En nuestro sistema de valoración, el personaje es percibido como el todo y como el elemento más importante, tanto que la valoración moral de los otros y el aprecio que les tenemos pasa a través de nuestro propio personaje. Y ¿qué sucede si nos encontramos relegados a la soledad de nuestra persona porque el grupo intenta matar nuestro personaje? Sobreviene el drama.

El mesianismo de Cristo, en la mentalidad sinagoga y de las autoridades del Templo de Jerusalén, no podía ser concebido sino a nivel de lo grande, esplendoroso y magnífico. Cristo debería ser, por lo tanto, un gran «personaje»... por eso, la gran frustración... porque el humilde personaje de Cristo no encajaba con la mentalidad de quienes esperaban otro tipo de personaje «más convincente», de acuerdo con la lógica humana. Por eso, que «había que quitarlo de en medio y matarlo» como de hecho hicieron.

Y así es que en el grupo puede que se libere un combate a muerte... un combate encarnizado, por el que cegadas las personas, traten de defender los propios personajes a costa de los personajes de los otros. Una sesión de dinámica de grupos podría significar para más de uno un campo de batalla entre personajes... terminando a veces por yacer... después de descargar la batería de voz alzada, de defensa personal, de palabras agresivas, de mutismos interpelantes, de rostros preocupados, de actitudes reivindicativas, etc. Se padece una muerte que, a distancia, puede ser percibida como purificadora y como resurrección en no pocas ocasiones.

Y ello es así porque no resulta fácil aceptar la alteridad del otro. Todo arranca desde el momento que una divergencia de opinión es percibida como ataque o amenaza ¿de qué?... Pues de la «unanimitad» que signifique atraer a los otros hacia mí: la unanimitad de dominio sobre los otros. Todo a nivel inconsciente, ciertamente. Siguen luego las tentativas por conservar el frágil acuerdo afectivo en detrimento de la propia verdad, porque quizá así lograré atraérmelo... No somos siempre capaces de consentir que nuestro amigo o compañero no comparta todos nuestros puntos de vista. ¿Qué hacer entonces?... Pues tratar de «escucharme»...

REMITIDO A LA ESCUCHA

Cuando soy yo mismo quien me pongo a escuchar puedo engañarme muy fácilmente. Mi «yo» obstaculiza la comprensión del «campo total». Puedo creer que escucho a los otros cuando en realidad selecciono lo que oigo de acuerdo con mis intereses... o bien, ni siquiera «oigo lo que oigo». Porque cada cual entiende lo que puede entender o lo que sus circunstancias le permiten entender o comprender. Por sí misma, la persona pocas veces es capaz de escuchar lo que «es dicho» en lo que «se dice», lo hablado más allá de la estructura de expresión, la demanda inconsciente del texto.

La sesión de dinámica de grupos puede que consiga «remitirnos a la escucha» de lo que no deseamos escuchar, y comprender cosas que preferiríamos no comprender... Y ahí está lo bueno. La relación interpersonal de y en grupo «despluma» a los individuos hasta posibilitarles una visión de la realidad, que percibimos lógica con nuestra lógica personal, no coincidente con la lógica del grupo. Choque de dos lógicas pues. Ya es un avance llegar a creer que los demás también son lógicos y llegar a situar todas las lógicas yuxtapuestas, las unas al lado de las otras; porque ordinariamente la lógica personal se sitúa sobre todas las demás. ¡Qué bien va este sistema contra las propias seguridades, que no pocas veces son defendidas en relación directa con las propias fragilidades!

Cierto que la persona se siente angustiada cuando ve que su tinglado, inconscientemente soberano respecto del de los demás, baja de nivel, cuando su fortaleza se siente atacada. Ciertas reacciones de amargura, de desprecio del grupo, de exterioridad del grupo, de duda de la eficacia de lo que en él se realiza pudieran tener su punto de partida en el zarandeo al que aludimos. Y quizá todos se den cuenta de que se trata de una persona excesivamente vulnerable, narcisista, segura... menos el interesado. ¿Hay que decírselo?... ¿De qué serviría el decírselo claramente? Quizá por su parte habría percepción de violación de la propia persona. Podrían ser sus expresiones: «no soy comprendido», «no me aceptan como soy»... por las que el bloqueo afectivo podría intensificarse.

Y en su dolor, y por el dolor, es remitido a la soledad... donde «se pueda escuchar»... «La llevaré a la soledad y le hablaré al

corazón». Nadie es capaz de irse a la soledad por sí mismo (en todo caso se es capaz de huir hacia el aislamiento, lo que no significa mérito alguno). Para ir a la soledad es preciso que otros nos confinen a ella, y entonces abandonados a nosotros mismos, como Cristo lo fue por su Padre en la cruz, principia uno a escucharse, a leerse, a entenderse, a comprender quizá algo, a ver la verdad de los otros... a verse a sí mismo, algo así como los otros me ven a mí.

Escucho cuando llego a situarme en el lugar del otro tratando de comprender lo que el otro me dice teniendo en cuenta su órbita de referencia. No resulta fácil salirse de la atmósfera de contagio producida por la acción normal de diversas transferencias y contratransferencias mutuas. Y por otra parte, cuando alguien se sitúa en el lugar del otro, en no pocas ocasiones no será gratuitamente, sino que será compensado ya sea por intereses comunes con los de él, o bien intentar destronarle por aquello de la «antropofagia espiritual». Roger Mehl se expresa a este propósito:

Tengo dificultad en aceptar la alteridad del otro; apenas lo he reconocido ya quiero reducirle. Si la comunicación se hace duelo o simplemente disputa es porque quiero romper la distancia que me separa del otro, y el medio más elemental es aniquilarlo... Mi voluntad de convencer al otro esconde mi voluntad de poseerle... Tengo dificultad en tolerar que mis amigos no compartan todas mis ideas, sufro al verles tomar decisiones y compromisos contrarios a los míos y quisiera instituir con ellos un diálogo victorioso para llevarlos a mi lado... Y la relación de posesión mata la comunicación: puesto que no tengo nada a decir a quien me pertenece, al que he reducido a cosa mía... Yo no puedo hablar sino a los seres que se mantienen de pie ante mí en un mutuo afrontamiento: no puedo hablar con un ser postrado, pies y manos atados, arrodillado ante mí... ¹¹.

Escuchar a otro resulta peligroso para mí y para el otro, por otra parte. Es peligroso para mí... por eso, los mecanismos de defensa de manera intermitente, la posición de ataque... porque el escuchar puede que me impulse a cambiar, o que lo perciba de esta forma, y... ¡no es fácil ni cómodo el cambiar! ¡Ya estoy bien como estoy! Escuchar puede exigirme salir de mí mismo... de mi egocentrismo en el que me siento tan seguro y tan feliz. Es peligroso para el otro por aquello del cuento de Alejandro, quien ba-

¹¹ *La rencontre d'autrui*, Delachaux et Niestlé, p. 12.

ñándose en el río dejó caer su corona de oro en el agua; alguien la encontró y presurosamente quiso devolverla a Alejandro, y para facilitar la rapidez del nado se la puso sobre la cabeza... La reacción de Alejandro fue instantánea e inapelable: «Quién se ha atrevido a colocarse la corona sobre sus sienes tiene que morir». Es decir, hay prohibición de «ponerse en la piel de otro»; existe este tabú. Meigniez nos dice al respecto:

La intropatía está reservada a gentes del mismo nivel jerárquico: es por eso, que la amistad es a nivel de igualdad. La autoidad no comunica, sino que se comunica hacia abajo...¹².

Percibimos que quien nos escucha, es decir, quien se pone en nuestro puesto es para destronarnos.

MANERA DE PRESENCIA EN EL GRUPO

El grupo viene a ser el sustituto del seno materno, de la protección familiar, y según Sartre tiene función de seguridad. Podríamos decir que representa un nacimiento o un nuevo nacimiento, por lo que podemos afirmar que se trata de algo constantemente en curso de producirse de manera constante e intermitente. Precisemos: un día fuimos «puestos al mundo» por nuestra madre, y años más tarde «nacimos» a este mundo, aunque prisioneros de la cultura y de la civilización que encontramos.

Integrarse en un grupo es aceptar el dilema: ¿seré aceptado?, o bien, ¿seré fusionado o manipulado por el grupo hasta llegar a perder mi propia personalidad?

El grupo nace siempre prometeico: «él va a ser mi complemento», «él va a realizar mi persona», «en él encontraré la amistad»... Pero, de hecho, no tardan en llegar las limitaciones, los afrontamientos, las tensiones... Dentro del grupo no todos disfrutan de un mismo estatuto: hay quien se echa al agua muy deportivamente y sale de ella bien pagado y recompensado, y hay quien sale fatigado... (no todos son capaces de tener la misma relación con el agua); hay quien se sitúa dentro del grupo como parte integrante del mismo y hay quien, prudencialmente quizá, se apantalla en el anonimato del «se», como dirían Heidegger y Sartre.

¹² o. c., p. 96.

Puede que haya quien influya de manera más o menos categórica en la elaboración de la llamada «ley del grupo» a la que hagan someter a los otros, como si sucediera que los unos imponen la ley para los otros. Por ello, puede que existan entronizaciones y destituciones sucesivas; mientras unos ocupan un lugar más bien privilegiado y bien considerado a otros no les queda otro remedio que el contentarse con el lugar, a veces exiguo, que perciben como permitido por el grupo.

Sin embargo, conviene hacer notar que nuestra presencia en el grupo reproduce nuestra manera de pertenecer a los diversos grupos con que nos relacionamos todos los días... Y aunque, en una dinámica de grupos se trate de grupos distintos, al parecer no comprometidos con la vida, no obstante en ellos proyectamos también nuestra forma de ser, de pensar, de actuar...

Las intervenciones de algunos en el interior del grupo mediante largas explicaciones pueden reflejar su deseo de ser comprendidos, escuchados, aceptados... Se pueden dar situaciones de quienes inconscientemente desearían convencer a los demás con su verdad como la auténtica verdad... Otras situaciones de inhibición debido a diversos obstáculos de comunicación... Situaciones de ataque, de defensa...

Dentro de la dinámica de un grupo Bion señala tres subhipótesis que actúan como síntesis de todas las energías y potencialidades hasta llegar a ser un grupo de trabajo:

- Hipótesis de base de «dependencia» (HBD), correspondiendo a la «afiliación», es decir, en la referencia al líder.
- Hipótesis de base de «camaradería» (HBC), correspondiente a la pulsión sexual.
- Hipótesis de base de «ataque-huida» (HBAH), ambivalencia del grupo con respecto al peligro que siente de constituirse en grupo y de morir en cuanto grupo¹³.

La dinámica de grupos podría significar un proceso de liberación respecto del sistema de «dependencias» de cada cual. Estas dependencias pueden tener las expresiones más diversas: dificultad de hablar porque no sé si va a ser banal lo que voy a decir, el intervenir en el grupo bajo la influencia del líder que señala la lí-

¹³ René LOURAU, *L'analyse institutionnelle*, Minuit, Paris, 1970, p. 174.

nea divisoria entre lo admitido y no admitido por el grupo, de lo grato y de lo no grato. Se está pendiente de alguien...

Asimismo, la experiencia de grupo puede ofrecer un rol revelador de las tendencias afectivas entre diversos miembros del grupo, sea de simpatía o de repulsión. Puede que en la vida de grupo se realicen diversos acoplamientos o subgrupos a nivel de la defensa de los propios intereses o por razones las más diversas y desconocidas. Y puede darse también que alguien exista en el grupo como símbolo de lo que el grupo rechaza.

El miedo mueve los mecanismos de ataque y de huida, sobre todo cuando se prevé que son puestos en cuestión tanto la persona como los propios intereses.

Es bueno saber retroceder para poder saltar mejor. En nuestro caso, la posibilidad de tomar distancia de las mencionadas situaciones puede permitir un análisis por el que cada persona pueda encontrarse a sí misma, liberarse y situarse de manera renovada dentro del grupo.

LA PALABRA EN EL GRUPO

Hay una palabra posible y que es dicha en el grupo, y hay la palabra que se percibe como imposible de ser pronunciada y que se manifiesta ya sea por el silencio, ya sea por el mutismo.

El grupo no siempre permite, en su normal funcionar, que todo pueda ser dicho. El grupo como tal tiene sus mecanismos de defensa. Y así es que existe una palabra que tiene agradable repercusión en el grupo, independientemente de lo que se dice, y que por ende es aceptada por la mayoría, y hay otra palabra que no puede ser aceptada y que suscita reacciones de y en grupo.

La comunicación de «lo dicho» a través del lenguaje hablado, es decir, más allá de la estructura gramatical, se realiza a nivel inconsciente, sin saber cómo, y como si sólo existieran intuiciones afectivas.

En *Pygmalion à l'école* se narra la parábola de los ratoncitos inteligentes y torpes. En un cajón A se encuentran cinco ratoncitos llamados inteligentes, y en otro cajón B hay otros cinco llamados torpes. A partir de esta información se dice a una persona cualquiera de tomar los ratoncitos del cajón A y colocarlos en el laberinto: con suma rapidez se abren camino entre obstáculos y di-

1140-
2008

ficultades hasta dar con el queso que se encuentra en el centro del laberinto; luego se le manda hacer lo propio con los ratoncitos del cajón B, los cuales a pesar de numerosos rodeos no llegan a dar con el queso. Se informa luego que tal clasificación de ratoncitos listos y torpes, no existe, sino que han sido tomados al azar... y que se trata simplemente de la «aptitud de caricia» de quien los ha tomado, que al decirle que eran listos los ha tomado de una manera especial y les ha habilitado para el encuentro del queso, y viceversa en los otros. Se hace luego una experiencia análoga con dos grupos de alumnos, todos ellos de la misma edad, unos inteligentes y los otros retrasados: un profesor les explica la misma cuestión de matemáticas; mientras los primeros captan enseguida la explicación, los segundos no llegan a comprenderla. Se informa luego al profesor que los dos grupos de alumnos tienen igual índice de inteligencia, y que, por lo tanto, no se trata de alumnos bien o mal dotados. Algo sucede: hay una misteriosa proyección de las propias actitudes frente a los otros.

La palabra es «mensajera» y por ende «tradice y traduce» las propias angustias, los propios intereses... por eso, que por ella se percibe siempre algo más que la palabra: a través de ella se percibe a la persona que la pronuncia. ¿Por qué una misma palabra pronunciada por personas distintas tiene repercusiones tan diversas y aun opuestas en el interior del grupo? ¿Por qué una palabra es recibida por el grupo en un momento dado como redentora y bienvenida, siendo así que no fue ni oída, ni escuchada cuando fue pronunciada por otro del mismo grupo unos minutos antes? ¿No será porque las personas no son idénticas, y no gozan del mismo estatuto dentro del grupo?...

En cuanto que la palabra es mensajera de las propias angustias y forma de vivir, quizá por ello, es percibida a veces como un ataque... Nos defendemos contra quien pretende contagiarnos con sus propias angustias y problemas: queremos ser libres frente al otro y no estar vinculados a toda una problemática que en el fondo de nuestra conciencia e inconsciencia no nos interesa. Y así es que el angustiado se siente desolidarizado y abandonado a sí mismo: no se percibe escuchado en su demanda. Y si sabe asumir esta situación, por ahí le vendrá el comienzo de su liberación personal de forma progresiva; de lo contrario, se adentrará de forma cada vez más insoportable en su propia angustia.

Nunca hablamos al azar. Por definición, siempre hablamos de lo que nos interesa o para evitar hablar de lo que nos interesa no hablar. Por eso, que la palabra es, a un mismo tiempo, medio de comunicación y de no comunicación.

Hay palabra cuyo destinatario soy yo mismo de una manera evidente; y hay palabra que se diría que el destinatario es el otro... También en este caso yo vengo a ser destinatario de la palabra que dirijo a los otros... puesto que por ella también «me hablo». Toda palabra me remite a mí mismo: como «reveladora de mi yo que es», puedo llegar a descubrirme a través de mi palabra... La palabra me define aun cuando no llegue a entender lo que por ella es definido, o aun cuando niegue rotundamente lo que a primera vista me parece que ella define (Puede que suceda que no me interese conocerme de la manera que me percibo... por lo que siento la imperiosa necesidad vital de negarlo ante los demás incluso. De vez en cuando hay en mí una revolución entre «mi yo» y «mi ideal del yo». Resulta difícil desvincular lo que soy de lo que pienso que soy, o de lo que deseo llegar a ser).

La palabra es un símbolo por el que cada cual entiende lo que entiende... y está en nuestro derecho el llegar a entender lo que podemos entender.

EL SILENCIO EN EL INTERIOR DEL GRUPO

No resulta menos expresivo ni elocuente que la palabra. ¡Cuántas cosas llegan a decirse por medio de un silencio a veces prolongado e incluso angustioso en más de una ocasión! El silencio es parlante...

Mientras la charlatanería marchita y el mutismo ahoga la comunicación, el silencio expresa y define la capacidad de reflexión del grupo, porque el silencio forma parte de la palabra. Palabra y silencio constituyen un todo; tras el silencio surge la palabra auténtica; mientras que en la charlatanería hay la palabra «tapadera» de un vacío que priva de toda posibilidad de existencia a la palabra llena y rica de comunicación. Como luz y tinieblas constituyen un solo fenómeno, así palabra y silencio se complementan...

No todos los componentes del grupo perciben el silencio de la misma manera: hay quien lo percibe de forma apacible y hay

quien lo vive en forma de angustia insoportable. Cada situación pasa por la subjetividad de cada cual, por lo que «cada uno es capaz de entender lo que es capaz de entender».

El silencio pudiera llegar a ser el espejo en el que unos se miran, otros pudieran mirarse pero en realidad no lo hacen sin saber por qué, y también en el que otros rehúsan mirarse quizá por ser excesivamente expresivo, o por otras razones que sólo cada cual puede saber.

El silencio de grupo puede que sea ocasionado por una actitud de defensa: resulta peligroso manifestarse, descubrirse ante los demás... es más seguro mantenerse en la reserva... Una actitud de agresividad de grupo puede ocasionar que toda iniciativa pase a ser atacada... porque en el vivir normal y corriente nos acechamos mutuamente los unos a los otros, por tener o conservar el poder. Responder a otro es ponernos en sus manos y puede que quedemos malparados: por eso, la reacción de grupo de atacar a quien quiera hablar, a quien quiera imponer un tema (o proponerlo simplemente)... por eso, el remitirle a sí mismo con el fin de que no se meta en nuestra piel y nos deje tranquilos...

La palabra surgida del silencio, al propio tiempo que es breve, parece más cargada de simbolismo... quizá sea por ser más escuchada, o más deseada, o menos deseada... De hecho, nace de una realidad común, de una específica situación de silencio compartida por todos, aunque de manera distinta cada cual... nace también de un grupo reunido expresamente para comunicarse y que quizá se comunica de manera distinta de la palabra. Es la comunicación sin palabra oral. Pero, en ningún caso podrá definirse como ausencia de comunicación. Hay comunicación que es ciertamente de profundidad, y es esta misma comunicación lo que impide la expresión oral de la comunicación.

EL EDIPO EN EL INTERIOR DEL GRUPO

Se da en todas sus facetas. Hay quien se siente «ley» en el grupo o que es percibido como tal. Es quien de una manera explícita o implícita reparte culpabilidades, juzga, da opiniones morales sobre los conceptos o situaciones emitidas. Puede que llegue a ser un líder, o pretenda serlo, que intente imponer su ley al grupo; las reacciones del grupo pueden ser muy diversas, claro

está. En otros, sin pretensión moralizante, son percibidos como líder sin saber a veces el porqué... y ocupan lugar preferente dentro del grupo, porque es el grupo quien se lo da... (?). Su puesto es aceptado: su palabra es escuchada y su silencio se vive como interpelante, y aun a veces culpabilizante. El resto del grupo se cobija bajo su influencia que le da seguridad: corre el riesgo que la mirada fija en el líder prolongue una actitud adolescente de quien no toma iniciativas sino con el «consensus» del líder.

También puede que haya en el grupo alguien que protagonice la figura del «padre legalista», siendo «líder fastidioso»; éste expone al grupo una moral superada y machaca unos mismos preceptos; sabe buscar el momento para aumentar la angustia del grupo y así realizar el rol de «personaje lúcido», etc. Este viene a ser símbolo de lo que la mayoría rehúsa, debido a que sus contenidos mentales no encajan con los del grupo... A veces es muy locuaz; las respuestas del grupo, incluidas las reacciones colectivas, puede que «le amarguen la existencia» en el interior hasta que opte por ir callando, es decir, muriendo al grupo. La percepción que él tiene de los otros puede que sea análoga con las líneas de moral que le presiden. Quizá algún día llegará a percibirse de otra manera y así liberarse de los complejos que le dominan.

Puede que exista el tipo «materno»; fácilmente se aproxima del dolorido y vulnerado por la dinámica del grupo, con el fin de ponerse a su lado, justificándolo con todos los criterios humanitarios y cristianos. ¡No puede sufrir que otros sufran!... Se contagia fácilmente con el dolor y el sufrimiento existente en los otros y quisiera hacer algo por aliviarles.

En la tercera posición del Edipo encontraríamos a quienes se sitúan dentro del grupo con relaciones, fáciles o difíciles, ora con el «padre» (líder), ora con la «madre» (deseo de aliviar).

No es extraño encontrar en el grupo quien se preste al «juego de la cultura» los padres del grupo (animadores y líderes); les interesa estar bien con todos a fin de tener mayor libertad de acción y de acogida; les interesa estar bien con todos después de haber medido sus fuerzas y su capacidad, y después de haber comprobado que ésta es la medida más adecuada para triunfar dentro del grupo. Y así es que en el interior del grupo se producen relaciones incestuosas con los líderes y animadores esperando ser compensado con la aprobación de su ritmo personal de vida y de

pensamiento; les interesa «vivir» más que tener influencia en el grupo.

También se da el individuo que lucha encarnizadamente contra los líderes: es el antilíder: para él es cuestión de vida o muerte. Les interesa acaso entronizarse. Quizás ya eran «reyes» en su familia y no pueden existir sino como reyes aunque sea «destronados»; su función no puede ser otra que la de oponerse, precisamente porque prefieren ser «reyes destronados» antes que «ministros» de otro rey. También éstos mantendrán relaciones incestuosas buscándose servidores que empleen horas de conversación con ellos, la técnica del regalo, de la correspondencia frecuente y oportuna... Y aunque acepten ser destronados, al no poder por menos, sin embargo, no aceptarán el dejar de ser reyes. Por delante irán sus actitudes inconformistas sin previa explicación.

Y habrá también la actitud del eterno niño que busca en el grupo la seguridad y la protección. Espera que la iniciativa le venga del grupo y que su personalidad tenga su punto anaclítico en el grupo mismo. Si el grupo desaparece o se convulsiona, todo ello repercute en él mismo.

El hombre se forma a partir del conflicto y su adultez es fruto de su relación con él. Según nos lo señala Karl Stern:

Se puede pensar que Newton cuando arruinaba la antigua física había sido influenciado por un conflicto no resuelto con su padre; y ningún espíritu correcto no se atreverá a invocar este fenómeno psicológico en contra de la física de Newton¹⁴.

Ciertamente que el Edipo puede estar en la causa de las consecuencias más variadas: sea de quienes se abren paso a la vida liberándose de sus angustias progresivamente, sea de aquellos que son víctimas de su angustia la cual les hace vivir una existencia cada vez más regresiva, pensando constantemente que los tiempos pasados fueron mejores.

LA ACTITUD DEL ANIMADOR

¿Qué hace el animador en el grupo? Es una pregunta frecuente en las dinámicas de grupo. Está con el grupo, habla poco...

¹⁴ *Refus de la femme*, H. M. H., Montréal, 1968, p. 58.

mas es una persona viva en el grupo, que verdaderamente actúa. El es el «padre» del grupo. Prueba de ello es la influencia que el grupo siente de su presencia, llegándole a cohibir en ocasiones, según las percepciones de algunos. A menudo la presencia de los animadores cambia el comportamiento del grupo.

¿Por qué será que estando el grupo en amigable conversación llega a ser ésta cambiada de signo al llegar alguno de los animadores? ¿Son los animadores quienes animan la vida del grupo, o bien quienes la quitan? Desde luego que los silencios densos e insoportables se producen siempre en su presencia.

Quizá sea ello debido a que el estatuto de animador tenga como misión el remitirnos a nosotros mismos, el hacer guardar la ley del grupo aun en detrimento de la ley de cada cual. Los animadores, al animar la vida existente en el grupo, sin saber cómo, es muy posible que nos hagan comunicar preferentemente con nosotros mismos.

Una cosa es que nosotros vivamos a nuestro aire con nuestra capacidad de huida y camuflaje de nosotros mismos, y otra muy distinta que un animador anime una vida y comunicación de grupo. Su silencio y su intervención de quien está fuera y dentro del grupo estimulan nuestra reflexión. Los animadores intentan que el grupo sea él mismo lo que debe ser como consecuencia de sus componentes.

No tienen como misión proteger a nadie, sino sólo la ley del grupo, y de vez en cuando, presentar síntesis parciales siempre que lo crean conveniente, con el fin de que el grupo viva su propia vida, sin dejarse influir por tendencias marginales.

No compete al animador el deshacer o desvanecer las situaciones conflictivas de bloqueo afectivo que se producen, sino solamente constatarlas y ponerlas a consideración de todos. No es el que hace actuar sino el que hace ser, o el que permite ser a cada cual lo que sea capaz de ser.

CONCLUSIÓN

El tema no está sino iniciado. Las experiencias de la dinámica de grupos son muy personales e irrepetibles en su vivencia característica. Difícilmente dos personas pueden percibir lo mismo aún tratándose de una misma sesión y de un mismo grupo.

En las páginas anteriores he pretendido ofrecer unas reflexiones que pueden coincidir con las del lector, de acuerdo con su experiencia personal. En ningún caso he pretendido definir qué cosa sea una dinámica de grupos. No lo creo definible y menos aún descriptible.

Quien escribe estas páginas cree más eficaz recurrir a reflexiones acerca de la complejidad de la relación interpersonal, que cada cual elabora a partir de su propia experiencia, que no el recurrir a normas morales de «hay que...». La reflexión personal puede permitir ir construyendo la propia persona a medida que se produce lucidez en la misma.

San Pablo dice: «Yo muero cada día»¹⁵. Por su lado, Freud descubre, aún sin apreciar todo su alcance positivo, los famosos instintos de muerte. Saber morir cada día es saber resucitar cada día. Saber reflexionar cada día puede suponer el saber reaccionar cada día y así poder seguir construyendo la propia persona.

Al comienzo del presente artículo hacía notar que no pocas veces nos definimos por la «función o por el verbo tener», en vez de definirnos por el verbo «ser». Antes de dar fin a mis líneas diré que en ocasiones nos interesa lo contrario; así es que utilizamos el verbo «ser» cuando nos correspondería hacer uso del «tener». Por ejemplo, cuando aplicamos a una persona la afirmación de que «es valiente» sería más exacto, decir de ella que «tiene valor». Aplicado a nosotros mismos: desde el «tener» hasta el «ser» tenemos todo un camino a recorrer y una dialéctica que ciertamente nos sería muy provechosa.

¹⁵ 1 Cor. XV, 31.